

“El último viaje”

Era el último viaje, no quedaba otra oportunidad. En breves microsegundos partiría la última partícula de monóxido en el Tos y Dos hacia el exterior. Así que con fuerza nos aferramos a sus paredes, sabiendo que solo de esta manera seríamos libres. Volví la vista atrás un instante antes de no ver mi hogar nunca más. Todo estaba desolado, sin vida. No se distinguían las formas, ni los colores. Había sido durante años el lugar más bello de nuestra galaxia, el principal. Pasaron generaciones cuidando aquel entorno precioso, inigualable, con una pureza que alimentaba a todo el resto de planetas que se comunicaba con nosotros a través de las autopistas sanguíneas, que ya últimamente dada la masificación que circulaba por ellas, las habían puesto de pago y que además había que pasar un previo reconocimiento para circular por ellas, con el deseo aférrimo de no contener en tu cuerpo una enfermedad mortal y contagiosa llamada nicotinel. Así también llegó la cuarentena. La enfermedad brotaba de nuestros planetas Pulmonorte y pulmosur, por lo que nos

pocas ocasiones, lo único que podíamos percibir era el deterioro de las paredes pulmonares de nuestro planeta. Pero en poco tiempo las bocanadas de aire contaminado eran mayores más oscuras, nos costaba trabajar, respirar, nuestros pasos eran aletargados y el esfuerzo se doblaba. Todos nosotros contrajimos el nicotinel, pero en otros muchos habitantes el nicotinel mutó volviéndose destructor y los infectados se rebelaron contra todo el resto, destruyéndolo todo. Los reconocimientos para salir del planeta y el pago de la autopista no les frenó, e invadieron toda la galaxia sin contemplaciones. Cada vez eran más, y de lo bello que un día había existido en ese lugar ya quedaba muy poco.

Era imposible sobrevivir allí, nosotros reaccionábamos mandando patrullas al exterior a través de nuestras naves Tos y Dos, pero jamás volvían y el radio control no alcanzaba esas distancias tan lejanas. No estábamos preparados para aquello, era el fin del mundo, un mundo precioso que según su historia no alcanzaba los 35 años.

De repente un día cesaron las bocanadas, pero ya era tarde. Nuestra galaxia había perdido el equilibrio, nada funcionaba o casi nada. Empezó a llegar del espacio exterior oxígeno, mucho! Como si lo estuvieran inyectando. Pero nos encontrábamos cansados, y no podíamos distribuir el alimento y además tampoco nos llegaban otros alimentos que otros planetas nos solían proporcionar. Muchas autopistas estaban ya cerradas por lo que llegar a otros lugares era imposible, nuestro hábitat se moría, y nosotros con él. Era imposible caminar sin tropezar con algún pulmoniano desintegrándose en el suelo. Los más listos se habían marchado en las naves Tos y Dos, cuando hacía apenas unos días salían con frecuencia, ahora coger una era tarea difícil.

Tuvimos la suerte de coger las tres últimas plazas, mi madre mi hermana y yo. Un halo de esperanza resurgió en nuestras vidas y un microsegundo después de observarlo todo el Tos y Dos salió disparado, era el último. Atravesamos la avenida traqueal a una velocidad pasmosa, y en un momento quedamos suspendidos en el espacio exterior, y contemplamos desolados nuestra galaxia, allí quieta, inerte...